

perseguidos con grandes pérdidas hasta las inmediaciones del Rhin, al otro lado del cual consiguió Ariovisto salvarse. Por vez primera reflejaronse las armas de los guerreros romanos en las verdes ondas de la corriente del Rhin. Los pueblos alemanes que Ariovisto había establecido en la línea que se extendía desde la Alta Alsacia hasta Maguncia, tales como los tribocos en Alsacia, los nemetes en el país de Espira y los vangiones en el de Worms, pudieron, según parece, conservar sus posesiones en la orilla izquierda del Rhin, mediante el reconocimiento de la soberanía romana.

V.—SITUACION DE LOS CELTAS QUE HABITABAN ENTRE EL GARONA Y EL RHIN. CÉSAR CONQUISTA LA BÉLGICA

Cuando César, durante el invierno, regresó á su provincia, después de haber dado feliz cima á tan brillante campaña, para resolver los procesos civiles que comunmente correspondían al gobernador, había logrado crearse una situación que dos años antes le hubiera parecido inaccesible. Los enemigos que entre los optimates tenía y que habían esperado verle perecer bajo la espada de los helvecios ó, por mejor decir, de los germanos, se mostraron muy contrariados. En cambio la democracia iba triunfando. Contra todo lo que era de esperar, aun después de las pruebas que en España dió de su genio militar, César, hasta entonces conocido solo como caudillo político, se presentaba como un general de primer orden superior al mismo Mario y dotado, en mas alto grado que Pompeyo, del talento y de las dotes bastantes para ganar la voluntad de un ejército y hacerle completamente adicto á su persona. El año 58 fué de excepcional importancia histórica, así para el Estado romano, como para todo el mundo occidental, por las dos atrevidas y afortunadas expediciones de César. El gran resultado de todo fué, que, por un lado, toda la cuenca del Rhin, desde el lago de Constanza hasta su delta, fué declarada la nueva frontera Noroeste del Estado romano, y por otro, se fortaleció en gran manera la supremacía de los romanos en la gran comarca transalpina de los celtas. César demostró en esta ocasión ser algo mas que un audaz y afortunado caudillo. Aun cuando ni él mismo pudo adivinar una gran parte de las consecuencias políticas de sus hazañas en la Galia, especialmente la inaudita extensión del horizonte histórico de las generaciones romanas que le siguieron y el permanente enlace de la historia romana con la de los pueblos de la Europa central y septentrional, lo cierto es que su premeditado intento fué conquistar para su nación en el Noroeste nuevos y extensos territorios, para entender libremente los límites del mundo romano, para absorber y romanizar á numerosas tribus bárbaras, conjurar definitivamente el peligro que de parte de los celtas amenazaba á Roma, evitar el que de los germanos podría nacer, y proporcionar con la conquista de gran parte de los territorios bajos un seguro asilo al romanismo y á los miembros sujetos á la soberanía romana que se hallaban dispersos por el Mediterráneo. A la verdad faltaba muchísimo que hacer para terminar el colosal edificio cuyos cimientos echó César en el año 58. Además, no debe olvidarse para juzgar de la grandeza sorprendente de aquel hombre, grandeza que iba desarrollándose y descubriéndose sucesivamente, que el poder que iba adquiriendo como conquistador y descubridor de las comarcas del Norte de los Alpes hasta el Océano, el Támesis y las selvas germánicas, solo podía comprarse á costa de un gran derramamiento de sangre, de la aniquilación de la existencia y libertad nacional de la gran nación gala y de toda una generación de infelices celtas.

Las grandes victorias del año 58 habían sometido á la soberanía romana las tribus de las comarcas célticas que se extendían entre la antigua provincia narbonense, el Garona,

el Alto Rhin y el Sena. Esta nación tan dividida no conocía la unidad política, ni tenía idea de una confederación que uniera á todas sus tribus. Su cohesión nacional estaba solo representada por el sacerdocio de los druidas, institución poderosa muy extendida por toda la Galia y por el mundo británico, que tenía sus escuelas y su teología y constitución propias, que poseía como punto central la comarca de la actual Chartres, y que ejercía gran influencia en la política de las tribus, no solo por su culto, en el cual encontramos los crueles sacrificios humanos, sino por su jurisdicción independiente. Bajo el punto de vista político y completamente independiente de las tribus de los territorios centrales, además de la liga de los fuertes pueblos belgas, existía la de los cantones armóricos, en la Normandía y la Bretaña. Ambas ligas se vieron obligadas á reconocer la soberanía de Roma cuando pudo considerarse terminada en lo principal la obra de César; pero aun entonces quedaba por saber si la tenaz resistencia á la soberanía extranjera sería causa de nuevas y difíciles luchas.

Por de pronto, los romanos tuvieron la esperanza de asimilar poco á poco á los celtas al modo de ser itálico. La provincia narbonense que desde tiempo inmemorial había sentido la influencia civilizadora de Massilia, se encontraba en buenas condiciones para ser romanizada de un modo análogo á la Alta Italia, gracias á las emigraciones itálicas y á las relaciones que con Italia mantenía. Los pueblos que se extendían hasta el Sena, que estaban en continuo tráfico mercantil con la Galia romana, se habían creado en sus poblados cantones una civilización importante. Entre ellos estaba mas desarrollada la cría de ganado que la agricultura. Junto á sus innumerables aldeas, habíanse ido formando populosas ciudades, sin murallas, cuyas casas eran de madera: para el animado tráfico había calles y puentes, y además de la navegación de los ríos, desempeñaba en ellos un papel importante la marítima. Muchas de las tribus del mar Atlántico, especialmente los vanetos, usaban los buques de vela, cuyas velas se hacían de cuero. La actividad industrial, especialmente en el laboreo de los metales, era tambien de importancia suma: la explotación de minas era asimismo mirada con gran solicitud, si bien el oro que llenó las cajas de César procedía mas de las presas de botín y del tráfico mercantil que de la industria minera. El desenvolvimiento político tomó en estos pueblos un carácter que la soberanía extranjera pareció favorecer. Prescindiendo de la división en tribus y pequeñas ligas, la Galia se había desenvuelto interiormente de un modo semejante al de la antigua Grecia después de la guerra peloponésica, y al del Indostan en los posteriores tiempos. En el período anterior á César la monarquía había cedido su puesto á la nobleza, viéndose el antiguo poder de los principes sustituido en las diversas tribus por un funcionario que se renovaba anualmente. La nobleza se había transformado, menos en Bélgica, en una verdadera clase, cuyos miembros, poseedores de grandes propiedades y protegidos por masas de soldados, que á veces se contaban por miles, se habían apoderado del mando, habían impuesto la servidumbre á los hombres libres que se hallaban agobiados por las deudas y explotaban al Estado en provecho propio. En los continuos disturbios que tal estado de cosas ocasionaba se habían unido siempre los nobles de todo el país contra el pueblo, saliendo victoriosos en la lucha. La nobleza misma, sin embargo, estaba dividida, aun en las familias aisladas, por disensiones intestinas, ya en pro ya en contra de tal ó cual tribu central poderosa que disputaba á las otras la hegemonía de la Galia. En estas circunstancias la infantería céltica del Sur del Sena (que no iba ya armada de largas lanzas, sino de lanzas arrojadizas), había perdido mucho de su aptitud para la guerra, y el espí-

ritu belicoso del interior de la Galia estaba en la caballería de los nobles, con los contingentes de voluntarios indígenas y extranjeros, mientras los celtas belgas y británicos se servían admirablemente de las antiguas armas y de los carros de guerra. Y á pesar de los grandes inconvenientes de la vida política y de las múltiples divisiones, los nobles, en unión de los druidas, eran los principales representantes del espíritu nacional, de suerte que por su parte era de esperar una fuerte reacción contra los romanos, en cuanto estos se preparasen á convertir su soberanía de nominal en efectiva.

César para completar la asimilación de los celtas transalpinos al romanismo debía ante todo obligar á los fuertes y belicosos pueblos belgas á reconocer la soberanía de Roma. Los medios materiales que necesitaba para emprender esta tarea y sostener las luchas que había de originar en el suelo céltico, se los proporcionó en su mayor parte el mismo país con sus riquezas. El ejército, máquina que había de servirle después durante las guerras civiles, lo formó él mismo, haciendo grandes levas entre las poblaciones romanas de su provincia y los latinos transpadanos. El nuevo sistema de guerra que los romanos habían seguido desde la época de Mario, había llegado á su perfección bajo la dirección de César. Las legiones, que se componían de 6,000 hombres, ó por mejor decir de 5,000 efectivos, tomaron cada vez mas el carácter de cuerpos de ejército permanente: al lado de estas fuerzas escogidas, se organizaron las tropas ligeras y la caballería, con los contingentes de los Estados sometidos ó clientes. Prescindiendo del material que proporcionaron los vendidos celtas así en infantería como en caballería, César podía contar con la caballería hispánica, con los honderos baleares, con los lanceros númidas y con los tiradores cretenses. Cuanto mas conocía el general romano las excelentes dotes militares de los germanos, tanto mas procuraba atraerlos á sus filas á los guerreros de este pueblo. La larga guerra celta fué causa de que la artillería y el arte de ingenieros tomasen gran vuelo en el ejército de César, al frente de cuyas tropas de obreros se encontraba el caballero Mamurra de Formie. Los mas importantes caudillos que se formaron á las órdenes del general en jefe, pertenecían en su mayor parte, á excepción del joven Craso, á las filas de los que hasta entonces habían sido adictos á su partido, y así, por ejemplo, encontramos que en la Galia desempeñó un papel importantísimo T. Labieno. Las altas clases de Roma tenían escasa representación en aquel ejército. César mostraba cada vez mayor talento como general: manteniendo la mas severa disciplina en las cosas de la milicia, impedía las sorpresas que intentaba el enemigo con artificios pobres y verdaderamente primitivos; y supo como ninguno de sus contemporáneos, inflamar por medios morales á los soldados y oficiales de su ejército, y por su serenidad ante el peligro, por su infatigable actividad en aprestar los oportunos medios de auxilio en las situaciones difíciles, por su audacia personal y por su rapidez y energía sin igual, logró infundirles la mas segura confianza en su dirección. Sus tropas seguían sin titubear al fiel camarada, al magnánimo vencedor, en todas sus empresas arriesgadas, y estaban convencidas de que ninguna dificultad era insuperable para aquel general, cuya fuerza, audacia y confianza se aumentaban en presencia del peligro.

Durante la primavera del año 57, César atacó con ocho legiones á los pueblos belgas que, mandados por Galba, rey de los poderosos suesones, que habitaba la actual comarca de Soissons, estaban decididos á resistir á todo trance á los romanos. Solo los remes, de la actual Reims, se separaron de la soberanía de los suesones, pasándose á las filas de César. El general romano encontró al valiente enemigo, al frente de 300,000 hombres, al Norte del Axona (Aisne) y,

esquivando una batalla decisiva y tomando fuertes posiciones de defensa, quiso ante todo cansar á sus adversarios. Galba no supo utilizar su ejército ni mantenerlo unido: aquel poderoso ejército, al tener noticia de que los eduos, á las órdenes de César, habían invadido el territorio de los belovacos (en Beauvais), haciendo retirar á los guerreros de aquella poderosa tribu, disgregóse por completo, decidiendo que bajo la protección de sus vecinos, los de la tribu atacada por César, debía hacerse la defensa en territorio propio. Este loco pensamiento fué causa de la derrota y sumisión de los pueblos belgas, pues cuando César se dirigió con gran energía contra las comarcas de las tribus occidentales, los suesones, los belovacos y los ambianos, de la actual Amiens, se aterrorizaron ante la táctica y las máquinas de sitio de los romanos y depusieron todas las armas. Las tribus orientales presentaron mas resistencia: los belicosos nervios, aliados con los atrebatos de San Quintin, con los viromanduos de Arras y con los aduatucos cimbríos de Namur, reunieron todas sus fuerzas de combate junto al río Sabis, hoy Sambre. Solo los treviros se pasaron, en las comarcas orientales, á los romanos. Cuando César con todo su ejército atacó las posiciones de los aliados y ganó con seis legiones, en los territorios de Haumont y Bavay, ó Maubeuge, las alturas de la orilla izquierda del Sabis, comenzando á fortificarse en ellas, vióse de repente rudamente atacado por todas las fuerzas de los audaces y numerosos enemigos, á excepción de las de los aduatucos. El ala izquierda de los romanos, mandada por T. Labieno, y el centro, combatieron desde un principio con ventaja; pero las dos legiones que mandadas por el mismo César formaban el ala derecha, se vieron, ante el ataque de los nervios, en situación tan crítica, que el mismo general en jefe hubo de combatir como un simple soldado, hasta que la llegada de las dos legiones de reserva y de T. Labieno con una del ala izquierda, decidió la lucha en pro de los romanos, infiriendo una completa derrota á los nervios. Poco después César derrotó á los aduatucos á orillas del Mosa, junto á Huy; y un nuevo levantamiento de este pueblo, después que se había entregado, fué castigado con una completa aniquilación política, siendo reducidos á la esclavitud 53,000 hombres. Con esto quedaron bajo la dominación de Roma los pueblos septentrionales belgas, á excepción de los cantones de la costa y la zona del territorio fronterizo al alemán, entre el Escalda, el Mosa y el Rhin, quedando los remes en situación predominante en el país sometido. Los pueblos celtas de Normandía y de Bretaña, vencidos en las sangrientas batallas del Mosa y del Sambre, reconocieron la supremacía de César, cuando Publio Craso se presentó en aquellas comarcas al frente de una división romana.

VI.—CÉSAR VENCE Á LOS VANETOS Y Á LOS PUEBLOS DE LA COSTA. CÉSAR ATRAVIESA EL RHIN. SUS EXPEDICIONES Á BRITANIA

César pudo dejar que su ejército invernase en los países que hoy se conocen con el nombre de Chartres, Anjou y Turena. Pero no había sonado todavía la hora del descanso para las armas romanas: la primera sorpresa de los pueblos celtas de los territorios del Atlántico, trocóse muy pronto en odio á la dominación extranjera que se habían visto obligados á reconocer, y bajo la iniciativa de los vanetos, pueblo audaz y de elevadas miras que habitaba en el Sudoeste de la Bretaña, en la comarca de la actual Vanes, al terminar el invierno del año 56, estalló, en los territorios de la costa, desde el delta del Loira hasta el del Rhin, una formidable sublevación, á la cual muy pronto se unieron varias otras tribus del territorio de los celtas. Los vanetos contaban con un nuevo levantamiento en Bélgica, y con el auxilio de los celtas británicos y de los germanos de

la orilla derecha del Rhin. César atacó enérgicamente la insurrección. El legado Labieno recibió la orden de vigilar con la caballería la Bélgica y la orilla izquierda del Rhin, mientras el legado Quinto Titurio Sabino, atacaba con tres legiones a las masas celtas de la actual Normandía. César dirigió el principal ataque contra los vanetos, que parecían invulnerables: sus plazas fuertes se asentaban sobre abruptas rocas y estaban protegidas durante el flujo por las aguas del Océano y durante el refluo por los pantanos: su escuadra era numerosa y constaba de muchos buques de vela. Cuando César comprendió que por tierra nada conseguiría contra las ciudades vanetas, dirigió contra ellas todas sus fuerzas por mar. Uno de sus legados, Décimo Bruto, había reunido en el Loira una fuerte escuadra de remos. Al principio, las bajas embarcaciones romanas, menores en número que las del enemigo, no se encontraron, a pesar de la rapidez de sus movimientos, en estado de hacer frente con éxito a los 220 buques de vela de alto bordo de los vanetos; pero, por último, los marinos latinos aprendieron el arte de cortar por medio de hoces, reforzadas con palos, las jarcias de los buques de guerra vanetos, con lo cual dejaban de obedecer a los movimientos y podían ser tomados al abordaje. Una tenaz calma chicha impidió finalmente a los vanetos conducir su escuadra a alta mar, a donde no hubieran podido seguirla los romanos con sus embarcaciones de remos. Así fué que César ganó la primera batalla naval de importancia que se dió en el Atlántico, victoria que trajo consigo la sumisión de los celtas de la Bretaña. Como medida de terror, mandó César dar muerte al Consejo municipal de los vanetos, y redujo a todo este pueblo a la esclavitud. Los celtas de Normandía fueron tambien completamente derrotados por Sabino: los morines y los menapios fueron los únicos que no pudieron en el Norte ser sometidos, debiéndose esto a que sus territorios eran inaccesibles, por los bosques y pantanos que los protegían.

Hasta fines del año 56 la Galia fué, sin embargo, considerada en lo principal como provincia romana. César hubo ante todo de asegurar esta nueva y grande posesión de la república, cuyas fronteras estaban de continuo amenazadas por la proximidad de muchos pueblos guerreros. El prudente general había intentado, durante el otoño del año 57, asegurarse las comunicaciones entre la Italia y la Galia central por la vía más corta; pero la resistencia que los pueblos de los Alpes opusieron al legado de César, Servio Galba, cuando este, para asegurar el camino mercantil que atravesaba el San Bernardo y llegaba hasta el cantón hoy llamado de Wallis y hasta el lago de Ginebra, ocupó a Octodurum (hoy Martigny), en el alto valle del Ródano, impidió que el plan tuviera una realización completa. En cambio, el joven é inteligente Publio Craso había conquistado en el año 56, y mientras la escuadra romana combatía en el Océano, la comarca de Aquitania, entre el Garona y los Pirineos, por medio de una rápida y brillante expedición. Las tribus iberas que en ella habitaban, a pesar de su valor y del auxilio que les prestaron los hispanos cántabros, no se encontraron en estado de resistir a los romanos; así fué que no obstante los 50,000 hombres que al encuentro de las dos cohortes y de los escuadrones de Craso salieron, el joven caudillo venció en todas partes y conquistó para César todo el país hasta las fronteras hispánicas.

El general en jefe en persona creyó necesario dejar sentir el peso de su robusto brazo sobre los germanos de la orilla derecha del Bajo Rhin y sobre las tribus célticas de Britania, que traían constantemente inquietos a los romanos. Los celtas de la Galia se vieron política y moralmente aislados de sus vecinos, prontos a socorrerlos, y de sus compañeros de raza, a ellos tan simpáticos, y hubieron de acostumbrarse a la férrea do-

minación de Roma; y los pueblos fronterizos comprendieron que, aun cuando no eran súbditos romanos, habían de llegar a ellos las meditadas decisiones de César. Las armas y la astucia de César se hicieron desde luego temibles a los germanos de una manera que por espacio de siglos ha sido como prototípica, por el modo con que hasta los mejores romanos con raras excepciones, se decidían a destruir a los temidos y odiados pueblos de origen alemán. Las masas de los usipetos y tencteres, en número de 430,000 almas, atravesaron, durante el invierno del 56 al 55, el Rhin por la comarca de Enmerich ó Nimega. Su caballería penetró hasta Bélgica, y César hubo de temer que los belgas con su auxilio declarasen de nuevo la guerra a los romanos. Para evitarlo, salió al encuentro de los invasores, a quienes no halló muy dispuestos a librar con él batalla. Pero durante una serie de negociaciones con sus caudillos, que solo deseaban obtener tierras bajo la soberanía romana, trabóse un combate entre la caballería alemana y la romana, sufriendo esta última pérdidas de consideración, é ignorándose a quién ó a qué se debió este desastre. César, que desconfiaba de la formalidad de los germanos en las negociaciones y que estaba indignado por el descalabro sufrido, se entregó a la violencia, cometiendo actos sangrientos y contrarios al derecho de gentes. Cuando al siguiente día de aquel combate se le presentaron los caudillos, que eran los germanos más considerados, para disculparse del ataque, que se había dado sin su previo conocimiento, ordenó César prenderlos, y con sus legiones se precipitó al mismo tiempo sobre las masas germanas, faltas de jefes y completamente desprevenidas. La mayor parte de éstas perecieron, ya a los golpes de los romanos, ya en su huida al través del Rhin, pudiendo el resto refugiarse allende este río, entre los sigambros, pueblo vigoroso que habitaba entre el Lippe y el Lahn. César, por su parte, una vez libre del peligro que ofrecía una incursión de los alemanes en Bélgica, dió nuevo impulso a la política que seguía en las fronteras germanas, siendo el primer general romano que atravesó la caudalosa corriente del Rhin, y que se presentó con su ejército en la orilla derecha de este río. Un puente de madera hábilmente construido entre Coblenza y Andernach, ó sea en Bonn, condujo a los romanos a la comarca de los ubios, aliados ya de César, que habitaban al Sur del Lahn. El general romano se proponía castigar a los sigambros por haber dado hospitalidad a los fugitivos usipetos, y proteger a los ubios contra los pesados ataques de las hordas suevas, probablemente de los cates; pero los germanos retrocedieron hacia el interior, a donde no les siguió César, que a los diez y ocho días regresó a la Galia.

La matanza de los usipetos y tencteres había causado profundo disgusto en Roma, y Catón no titubeó en reprobar de un modo duro ante el Senado este acto de violencia. En cambio, en la capital del mundo causó gran admiración la audacia con que el conquistador de Galia salió en aquel mismo año (55) de los puertos de los morines, atravesó el paso de Calais con dos legiones, y asoló con sangrientas luchas los territorios del Sudeste de Britania, probablemente en Walmercastle, un poco al Este de Dover. Después de algunos reñidos combates que le hicieron dueño de las posiciones más próximas al sitio del desembarco, regresó César a la Galia para organizar una gran escuadra de 800 buques de transporte, con la cual condujo, durante la primavera del año 54, cinco legiones y 2,000 caballos desde Porto Itio (probablemente la actual Ambleteuse) a Kent. Cuando el éxito coronaba su rápida excursión hacia el Norte, detúvose la noticia de que su escuadra había sufrido grandes pérdidas, a causa de un fuerte temporal. Reanudada su marcha hacia el interior de la Britania, encontró en Cassivellauno, caudillo

que dominaba en el Bajo Támesis, y que fué uno de los primeros héroes celtas, un audaz adversario que con su caballería y carros de batalla, supo oponer al paso de los romanos graves dificultades. Una vez César hubo atravesado el Támesis por Sunbury, Kingston ó Brentford, es decir, más arriba de la actual Londres, conoció que los celtas no aceptarían ninguna batalla decisiva, y la noticia de que las tropas que guarnecían la escuadra habían tenido que resistir un ataque de los celtas que estaban a su retaguardia, hubo de hacerle suspender esta nueva guerra. Aprovechó una gran victoria que consiguió sobre los enemigos, para firmar con Cassivellauno un tratado honroso. El caudillo británico se conformó con someterse formalmente y entregar rehenes a los romanos; sin embargo, no se pagó el tributo convenido, y la conquista propiamente dicha de la Britania quedó reservada a una generación posterior de imperatores, consiguiéndose entonces tan solo destruir las relaciones que entre los celtas, galos y británicos existían.

VII.—DESÓRDENES EN ROMA. POMPEYO. CLODIO. MILON

Con esto había terminado César la primera mitad de las luchas que han trasmitido su nombre a la posteridad, como conquistador del Occidente europeo. No suponía, sin embargo, que estuviese tan próximo el tiempo en que debería hacer colosales esfuerzos para conservar a Roma tan preciosas adquisiciones. Entre tanto tenía la vista fija en el desenvolvimiento de los sucesos en Roma y en el resto del Estado. Poco después de sus primeros ataques contra los helvecios habían tomado las cosas de Roma un giro que había de ser de importancia suma, de fatal trascendencia para el porvenir de Roma, del mismo César, y de los Césares posteriores. Entre los llamados triunviros, solo César, aprovechando la imponente situación que la alianza de los grandes gobernantes romanos había creado al triunvirato, pudo conseguir grandes cosas. No aconteció lo mismo con Pompeyo. Ciertamente en el año 58, este hombre orgulloso parecía, a sus propios ojos y a los de los romanos, ser el jefe más caracterizado de la nación; pero al propio tiempo que los nuevos laureles que en las grandes batallas y en las expediciones exploradoras militares ganaba César, hacían poco a poco olvidar las gloriosas coronas conquistadas por Pompeyo en Asia, faltábale a éste la aptitud y la fuerza para ser el jefe político de los romanos. No fueron los optimates los que quebrantaron su poder, sino la indisciplinada democracia de la capital. Debe recordarse que dentro del camino trazado por las fórmulas del Estado, inservibles ya pero tenazmente mantenidas, el gobierno de Roma en medio del numeroso é inquieto proletariado, convertido ya en plebe, no podía disponer de guarnición alguna, ni de una policía, y no hay que olvidar que la capital del mundo desde muchos años antes había caído en manos de una verdadera pandilla, y que esta podía alcanzar los inmerecidos honores de una importancia política. Estos elementos eran los que, unidos con los gladiadores de ciertos gobernantes, y agrupados en diversas bandas, decidían en favor de los distintos partidos romanos, los negocios políticos, por medio de las amenazas y violencias cometidas en el Foro contra los adversarios. El jefe de este escándalo político era P. Clodio, tribuno de la plebe en el año 58, quien, después de haber partido César para la guerra contra los helvecios, impulsó por su propia cuenta la mas impúdica demagogia: dotado de inclinaciones anárquicas, pero falto como Catilina, de la grandiosidad del crimen, importunó incesantemente al Senado y se alzó indómito é insolente contra Pompeyo mismo. Las calles y los alrededores de Roma tomaron entonces un aspecto intranquilo y poco segu-

ro, ofreciendo un espectáculo semejante al que en la Edad media vemos en algunas ciudades de la península, especialmente en Roma y en Génova, producido por los eternos odios é implacables rivalidades de las familias patricias y de sus respectivos adeptos.

El ignominioso abuso del cargo tribunicio y las debilidades de todos los demás elementos de poder que existían en Roma dieron a Clodio, durante el año que ejerció sus funciones, una preponderancia que este hombre infame explotó siempre en provecho de sus intereses particulares. Por su parte, Pompeyo, que nada podía hacer contra este hombre, que le tenía sitiado en su propia casa, y cuyo único recurso era oponer a las turbas de Clodio otras, de entre cuyos jefes el más conocido es Tito Annio Milon, se iba otra vez aproximando cada vez más al partido del Senado. A ello contribuyó poderosamente el hecho de que en el año 57 se trató seriamente de levantar el destierro de Cicerón, que había encontrado un asilo en Tesalónica y, a fines de noviembre del año 58, en Dirraquio. Pero durante los primeros días del año 57 las tentativas de los amigos del desterrado fracasaron, ya por la intercesión de los amigos que entre los nuevos tribunos tenía Clodio, ya porque este con sus bandas disolvió, en 25 de enero, con un combate sangriento, la asamblea de los comicios que se había reunido en el Foro. Por último los tribunos de la plebe Milon y P. Sextio se robustecieron de tal suerte con gente armada que, en julio del año 57, se encontraron superiores en fuerzas a Clodio. Y cuando por la poderosa influencia de Pompeyo el Senado unánimemente acordó el regreso de Cicerón, el pueblo, congregado en masa en las centurias el día 4 de agosto, aprobó por una gran mayoría esta decisión, expresando las vivas simpatías que por el desterrado sentía. El regreso del famoso orador, a quien el Senado en 4 de setiembre indemnizó de todos los perjuicios materiales que había sufrido, y especialmente de su viaje desde Brindis a Roma, dió ocasión a los itálicos y romanos para hacerle las más entusiastas demostraciones. En todas partes vióse claramente que entre la masa del pueblo acomodado el triunvirato era altamente impopular y que la democracia era despreciable y en alto grado despreciada. Entonces, y después aun con más claridad, pudo conocerse que entre las clases escogidas del pueblo romano-itálico, solo la antigua república era considerada como la única constitución notable y como el único fundamento de la libertad de los ciudadanos. Pero desgraciadamente nadie supo la manera de conservar los productos de esta libertad en una constitución que, a pesar de todas las simpatías, cada día era considerada como menos útil. La opinión pública dió entonces nuevamente el poder al Senado y a la aristocracia. Pompeyo, que en su situación poco agradable se esforzaba tan solo por conseguir una fuerza militar como la que César, contra todo lo que se esperaba, había sabido crearse en la Galia, únicamente pudo obtener del Senado casi ilusorias concesiones. Por conducto del tribuno de la plebe Cayo Messio, exigió, como consecuencia de la carestía que se sentía en Roma, la inspección superior sobre los cereales en todo el Estado romano, con una autoridad mayor que la que normalmente ejercían los gobernadores, y con la libre disposición de los tesoros del Estado, del ejército y de la armada (setiembre del año 57). Esta proposición enérgicamente apoyada por Cicerón fué aprobada tan solo en la parte relativa al encargo dado a Pompeyo para el aprovisionamiento de la capital, concediéndosele los medios pecuniarios indispensables, el auxilio de quince legados y el poder proconsular por espacio de cinco años en todo el Estado para cuanto a las provisiones se refería. Cuando después Pompeyo vió frustrados por la negativa del Senado sus deseos de ser comisionado para acabar con